

CIUDADANIA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Orihuela un mes. 0'50 ptas
Fuera trimestre. 1'75 »

ORGANO DE LA JUVENTUD MAURISTA LOCAL

PERIODICO SEMANAL
REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle de Soleres Número 4

Discurso pronunciado en los Juegos Florales de Orihuela

POR EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. ANTONIO GOICOECHEA



Señoras y Señores:

No me engaña, aunque no me sorprenda, la generosidad revelada en los aplausos que con tan inmerecida liberalidad me otorgais. Nunca como ahora está presente en mi imaginación el prudente y discreto consejo de Timon en el libro de los oradores: «Habla siempre para decir algo: jamás para que se diga que has hablado», porque en esta fiesta, cuya magnificencia y cuyos esplendores vano e inútil sería que yo elogiara, todo ocupa su sitio, siendo lo único que huelga el discurso que esperáis y que yo no debería pronunciar.

Ocupa aquí la belleza, no en dádiva otorgada, sino en justicia rendida, el elevado solio que parecía, por derecho y por ley natural, estarle reservado.

Habéis aplaudido con justificada largueza el espléndido estro poético, la rica fantasía y el noble y confortador optimismo que laten en las poesías premiadas, dignas todas ellas del homenaje de admiración que les habéis tributado y del que no han debido quedar, ni sus autores descontentos, ni vosotros arrepentidos. Sólo yo carezco en realidad de papel que desempeñar, por la impotencia en que me hallo, para decir nada que sea digno de vosotros.

Cantivo en las redes que ha sabido tenderme vuestro noble afecto y vuestra generosa hospitalidad, no puedo resistir al deseo de llamar vuestra atención, quizá con algún atrevimiento, sobre la complejidad heterogénea y contradictoria que se transparenta en vuestra geografía y que es característica también en vuestra historia.

Un recuerdo de la historia de Orihuela

Tenéis a un lado, más que entrevisto, en la lejanía, al mar, invitando con su presencia a todas las audacias y a todas las aventuras; muy cerca la Sierra Callosa, con sus altos riscos y sus tesoros escondidos, vírgenes todavía de explotación, como en los tiempos del Hércules Tebano; y no menos próxima la llanura fértil de la vega del Segura, convidando en regalado festín con los frutos de sus cam-

pos de mieses, de sus palmeras y de sus naranjos.

Vuestra historia no es menos compleja que vuestra geografía. Cabeza del pequeño reino gótico fundado por Teodomiro, es Orihuela, uno de los pilares sólidos opuestos a la resistencia agarena, apesar de lo cual agarena sigue siendo la ciudad hasta bien entrado el siglo XIV. Conquistada por D. Jaime I, en 1264 como parte del reino valenciano, no entra Orihuela con Aragón sino con Castilla en la unidad nacional. Leal para sus Reyes, hasta el extremo de merecer el apellido de *noble y fidelísima* que hoy ostenta, abraza una de las primeras el partido popular de las Germanías valencianas y solo quebranta su ímpetu rebelde el empuje irresistible de las tropas castellanas del Marqués de los Vélez. Nada hay en todo lo que enuncio y que abarca siglos enteros de la Historia, que se parezca a una uniformidad constante y simplista, nó. Orihuela es alternativamente árabe y cristiana; aragonesa y castellana; monárquica, hasta la exaltación y revolucionaria hasta la rebeldía. Por todas partes, contradicciones hondas, variados y pintorescos matices, sumisiones incondicionales y nobles rebeldías, como si en el corazón de la ciudad batallasen, pugnando por hacerse compatibles, la grave-

dad castellana, disciplinada, robusta, viril, con los locos deseos, la fantasía desordenada y exuberante y las pasiones agitadas y tempestuosas del alma levantina (Grandes aplausos).

Hay en vuestro escudo un blasón que perpétuamente debiera bastar para honraros y ennobleceros. Vuestra modestia acaso aparente ignorarlo; mi espíritu de justicia no puede ni debe omitirlo. Era en el año 1809: Zaragoza agotaba su resistencia valerosa contra el invasor francés. Palafox todavía contestaba al parlamentario de Moncey: «No sé rendirme: después de muerto, hablaremos de eso». Se luchaba desesperada y bravamente en el Torrero y en Santa Engracia. Cada uno de los habitantes era un guerrero: cada casa un baluarte: cada palmo de terreno, una tumba.

Allí, en la vanguardia de aquellos esforzados hijos de España, estaban los cazadores de Orihuela: el inolvidable regimiento de voluntarios formado para acudir en socorro de Zaragoza por el Conde de Pino-Hermoso. Pocos volvieron a contemplar las ondas azules del Mediterráneo, los viejos campanarios de la ciudad y los maizales de su huerta; que de ellos pudo decirse lo mismo que con sobria y expresiva frase afirmó de los infantes españoles vencidos en Rocroy la historia del

príncipe de Condé: «¿Queréis saber el número de los que lucharon? Pues contad los muertos». (Aplausos.)

**La significación del «Quijote»
El Idealismo y el optimismo**

Habéis convocado este certamen para rendir homenaje a la memoria de Cervantes y no podríamos imaginar otro que equivalga en intensidad y en eficacia, al que resultaría de recoger y convertir en obras, las enseñanzas que con toda claridad y transparencia laten en las páginas de su creación inmortal. No es el Quijote un artificio ingenioso para vengarse con sórdido humorismo de crueldades de la suerte o de desdenes de los contemporáneos; ni constituye siquiera un himno gigante a las virtudes y a los ensueños heroicos de una raza. Es el poema eterno de la vida humana, canto supremo al idealismo y al optimismo, es decir a las dos grandes, a las dos invencibles fuerzas engendradoras de la acción y alentadoras de la voluntad.

No descubro nada nuevo al afirmar que Don Quijote es una figura saturada de noble, confortador y cándido idealismo. «Yo soy aquel—dice a Sancho ante los mazos de batán—que nació en la edad de hierro para resucitar la dorada; aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos». Toda su noble ambición se cifra—él mismo lo asegura—no en realizar grandes cosas, sino en «morir por acometerlas» y cree en Pentapolín, en Tirante el Blanco y en el moro Abindarraez como en seres reales y vivientes, iguales en categoría a los doce Pares; a Suero de Quiñones y a Bernardo del Carpio.

Para mí, la figura de Sancho es también idealista a su modo. Es el suyo en parte un ideal tosco y grosero, mezclado hasta confundirse con un interés subalterno; pero es también un ideal. Para Sancho la insula con todos sus esplendores, no es la ambición principal; su mayor deseo es acreditar que es «el más fiel y leal escudero que sirvió a caballero andante». Comulga Sancho en una religión, que es como el culto de su espíritu: su lealtad a Don Quijote. Es para este el compañero fiel que «no le dejará en buena ni en mala suerte»; que perpetuamente le seguirá, sin comprenderle, sin

gozar ni sufrir con sus alucinaciones, sin participar de sus quimeras y de sus locuras. Cuando en casa de los Duques, acusan a Sancho de ser tan necio y loco como su amo, Sancho contesta con esta conmovedora frase, modelo de sencilla y sóbria hermosura: «He comido su pan; quíerole bien y sobre todo, soy fiel; sólo la pala y el azadón nos separarán».

Don Quijote es el ensueño, pero Sancho es la fé, que tiene su fórmula suprema en adhesión ciega, sin condiciones, sin reservas, sin límites. D. Quijote es la iniciativa, pero Sancho es el esfuerzo mecánico que la completa y la hace triunfar. En D. Quijote es el idealismo noble y como paternal amor a la ilusión creada por el espíritu y tan familiar a él que sin ella no acertaría a vivir; en Sancho es vaga sospecha del sentimiento que se auxilia de la generosidad del corazón, para adivinar lo que la razón no comprende, como se valen los ciegos del tacto para suplir la carencia de una luz que no pueden derramar sus ojos. (Muy bien.)

Para muchos es Sancho la representación del espíritu práctico: yo estoy lejos de creerlo así. En la obra de Cervantes, como tantas veces en la vida, el practicismo, ese practicismo moderado y prudente que sabe corregir sin excesivas reacciones los desvarios de la imaginación, no es masculino: se atavia con ropas de mujer. Mientras D. Quijote sueña con que los vencidos paladines con quienes combate, se hincan de rodillas ante Dulcinea, la labradora Aldonza rastrella el lino ó trilla en las eras. Es Teresa la que imbuye a Sancho la idea de reclamar a D. Quijote su salario. Son el ama y la sobrina las que acusan al escudero de sonsocar al caballero andante, llaman por eso a Sancho «saco de maldades y costal de malicias» y le invitan a que «se deje de insulas y se vaya a labrar sus pegujares y a gobernar su casa». Cuando, en fin, D. Quijote, regresa a la soledad de su casón, herido y maltrecho, son también el ama y la sobrina, las que con los ojos húmedos recogen el cuerpo del vencido del ideal en sus brazos, como para indicar que las dolencias y los estragos que hacen en el alma las quimeras, tienen su sola curación en el bálsamo

de Fierabrás de las caricias y de los consuelos femeninos.

(Muy bien.)

**El idealismo,
necesidad de la vida**

La lección que se desprende del Quijote, es solo esa; la necesidad del idealismo, que tanto vale como decir necesidad de espiritualizar, de intensificar la vida.

Yo no conozco definición mejor del ideal que esta expresiva frase de Kant: es Dios mismo, entrevisto. Porque el ideal es el bien supremo, tal como lo crea el entendimiento; es el ensueño, cien veces más bello en su efímera y escondida vida, que todas las realidades tangibles; el modelo inimitable, de desesperante perfección, ante el que Virgilio quería quemar la Eneida y ante el que Apeles arrojaba al suelo los pinceles, desencantado y colérico. Como la sombra, nos huye, pero nos acompaña. Es amante de nieve que nos desdeña y a la vez nos acaricia y cuyos brazos se nos escapan cuando parece que van a aprisionarnos. Es ilusión que tal como la concebimos no veremos existir jamás, pero que constituye, sin embargo el objetivo fundamental de la existencia y el lenitivo único para todas sus crueldades, para todas sus amarguras y para todas sus injusticias. (Aplausos.)

Las extremidades se asientan firmemente en el suelo, pero el alma se siente solo gozosa cuando emprende, con curiosidad permanente e inextinguible, con ansia eterna de bien, de belleza y de verdad, su viaje eterno hacia lo infinito; que es la imaginación pájaro de rápido y osado vuelo que no se contenta con edificar su morada en la tierra donde ha de cavarse su tumba, sino que aspira remontando el espacio, a balancear, atrevido y orgulloso, su nido, en la vecindad de las estrellas. (Nuevos aplausos.)

Cervantes dice en una de sus Novelas ejemplares, que nadie es tan rico como los poetas, ya que pueden fácilmente hacer uso de los tesoros acumulados en la descripción de las bellezas que forjan y de las musas que los inspiran. Cualquiera rubia Galatea, tiene la frente de mármol; de sus ojos se desprenden, en vez de lágrimas, líquidas perlas; son de coral sus labios, de marfil

sus dientes, de alabastro su cuello y de oro, las guedejas de sus cabellos. (Risas),

Con solo que una parte de esas riquezas se desestancara y se entregara al comercio humano, podrían los poetas librarse de la competencia de Crespo, y redimirse de la esclavitud de Sylok. (Grandes risas).

¡Ah! No. No hay solo en la observación burla y humorismo: hay también sana y confortadora filosofía.

Ideal imposible es ideal que no tiene valor cambiable en el comercio moral humano. Para que la fantasía no incurra en desvarios, es necesario ponerla en comunicación con la realidad. Entre la realidad y el ideal no hay—quizá os parezca paradójica la afirmación—no hay más que un cable de alimentación y un hilo conductor: el optimismo.

Concepto del Optimismo

El ideal no se forja para entretenimiento y solaz del espíritu: nace para ser realizado en la medida que la posibilidad dicte. Para mí, el optimismo no constituye si no la convicción de que la voluntad es invencible cuando el ideal guía sus pasos. No es así el optimismo la confianza temeraria en que todo es bueno, si no la razonada seguridad de que todo puede llegar a serlo; no constituye desprecio ciego de la realidad, sino aspiración noble a corregirla. El optimismo así concebido no es sistema, ni conveniencia: es sencillamente deber, porque aspiración irresistible de nuestra naturaleza racional es lograr que en la lucha entablada entre lo real y lo ideal en vez de ahogar la vida al espíritu, domine el espíritu a la vida.

Desconocer el mal, es ceguera; conocerlo y no combatirlo, es cobardía. La fórmula del optimismo es la intermedia entre esos dos extremos viciosos: tiene los ojos abiertos, pero no el alma desmayada; sueña, pero a la vez observa; advierte la presencia del enemigo, pero su vencidad no le abate, sino pule aguijonea. Centenares de años hace que Pitágoras clasificaba a los hombres como a los concurrentes a los juegos olímpicos, en tres categorías diversas: unos decía, descienden a la palestra y pelean por conseguir los premios; otros plantan sobre la arena sus tiendas y especulan con las ne-

cesidades de los demás; otros miran indiferentes y distraídos los juegos.

De esos tres grupos, solo los que figuran en el primero, es decir solo los que luchan, merecen el calificativo de optimistas. Los que convierten en negocio la vida, la empequeñecen, pero al cabo la emplean en el logro de un fin. Lo único inconcebible es el pesimismo malsano de los desalentados y de los indiferentes. Son los amantes platonicos de los ideales que gustan de llevarse a la tumba el secreto de un culto que no llegaron a exteriorizar jamás; son los adoradores impenitentes del Dios —Éxito, que creen, quizá honorariamente, que la hora de proclamar valerosamente las convicciones, no es la del combate, sino la del triunfo. (Muy bien.)

Ser optimista, no es vivir encerrado en si mismo. El optimismo de John Lubbock, que en una hermosa obra designada con el expresivo título de «La dicha de vivir» se envanecía de no haber conocido sino en muy raras ocasiones en su vida la ingratitude o la deslealtad, lo comprendo y lo envidio, pero no lo comparto.

El optimista no necesita ni debe ser un engañado ni un visionario; basta con que sea un hombre consciente del inmenso poder de la voluntad y que sepa manejarla y aplicarla. (Muy bien.)

Schopenhauer decía que en la vida la suprema felicidad consiste en saber limitar las aspiraciones. Nada más inexacto. La pasividad y la inercia que son consecuencia de la ausencia de deseos, acaso constituyan un remedio contra las inquietudes y a la larga contra el dolor. Pero la dicha en la vida no puede ir apartada de la dulce tranquilidad que proporciona el cumplimiento del deber y para el hombre es deber perseguir incesantemente, con noble persistencia, no solo su propia felicidad, sino la felicidad ajena. El optimismo queda así sintetizado con lo que Jorge Elliot primero y Laster Ward, después, han llamado el *meliorismo*: es decir aspiración tenaz, constante, a una vida mejor, para los demás y para uno mismo.

El optimismo y la idea religiosa

No falta quien crea que el optimismo está reñido y es incon-

ciliable con la concepción cristiana del mundo y del destino del hombre. Pí y Margall expresaba la idea en una frase, como suya concisa y de hondo y transcendental sentido: «El cristianismo—afirmaba en sus estudios sobre la Edad Media—al dar vida a la muerte, ha dado muerte a la vida». La objeción no carece de una aparente lógica: si la vida es solo preparación para la muerte ¿qué estimación podemos concederla ni que interés puede inspirar? Si es el cielo y no la tierra el centro natural de las almas, ¿para qué el progreso y las necesidades y los deseos y todo lo que no sea la resignación pesimista de la virtud descarnada y ascética?

Sin embargo, si meditaís un poco observaréis que en el fondo de todo el razonamiento lo que late es una incomprensión ciega y lamentable de lo que es el ideal cristiano. A cuántos argumentan de manera semejante a la de Pí y Margall, yo me atrevería a preguntarles: ¿Hay algo más confortador para el espíritu y por tanto más profundamente optimista, que la esperanza de una vida mejor a que nos lleva la religión, entre temores y consuelos? (Muy bien.)

Pero yo no quiero examinar la cuestión desde ese punto de vista: prefiero concretarme a la consideración de si en efecto el cristianismo al concebir la idea de un más allá ha dado muerte a la vida o la ha hecho por el contrario más potente, más eficaz, más fecunda. Nada hay que contribuya tanto a la estimación de la vida como la idea de su inseguridad, de su contingencia, de su rápida extinción, de lo inesperado de su término. Para el cristiano no es la vida instrumento de tortura, sino don de Dios; medio que solo transitoriamente posee y que debe utilizar para la consecución de la felicidad ultra-terrena.

La holganza y la pasividad aunque esten rodeadas de austeridades y de asperezas, si se refugian en si mismas, si prescinden del amor ajeno, no será nunca santidad sino egoísmo disfrazado.

La vida no puede ser nunca inercia resignada, sino combate valeroso. (Muy bien.)

Para el constante laborar, para el aprovechamiento de los días y de los instantes ¿qué acci-

simultáneo del deber y del amor a la vida, más amable cuanto más corta é insegura se nos muestra? Para las nobles ansias de la virtud, ¿en qué puede cifrarse el ideal sino en llenar la vida con el trabajo para corregirla y ennoblecerla?

El supuesto dualismo cristiano, no es tal dualismo sino bienhechora armonía. No hay para mí frase de mayor sabiduría práctica que esta de San Ignacio de Loyola, que tantas veces he recordado: «Ruega a Dios como si no contaras contigo mismo; trabaja como si no contaras para nada con Dios». (Muy bien.)

La virtud y el trabajo no rifien en el alma ninguna batalla porque de antiguo ejercen y deben disfrutar sobre la vida del hombre un pacífico condominio. Si el trabajo es virtud es porque la virtud es también trabajo.

(Muy bien.)

Y el trabajo acciona como si la vida fuera eterna; y la virtud, por su parte, labora como si la vida hubiera de terminar mañana mismo (Muy bien, aplausos.)

No; la idea religiosa, lejos de conducir al pesimismo, satisface un deseo ferviente del corazón. Por eso Taine, cuando enumeraba las razones y los hechos que darán siempre el triunfo a la religión Católica sobre sus más o menos sinceros contradictores, no atribuía la importancia principal a la antigüedad de la posesión que siempre la proporcionará fieles, ni a la dificultad de gobernar en las democracias que hará inevitable y necesario su concurso, si no a la vaga nostalgia, a la sorda ansiedad de los corazones tristes y sensibles, que eternamente la proporcionará resolutas, mientras exista el dolor sobre la tierra.

A cuántos dicen ser enemigos jurados de toda idea religiosa, siento la tentación de preguntarles: ¿No habéis sufrido alguna vez? Y cuando os habéis encontrado abatidos por el peso del dolor no habéis sentido el deseo de elevar al cielo los ojos, murmurando una queja o un reproche o una invitación a la piedad? Pues ese solo murmullo, ese suspiro imperceptible eran ya una oración, expresión de la necesidad suprema e invencible de rogar y de creer, a la que el espíritu humano no puede sustraerse. (Muy bien.)

Pasará la obsesión anti-religiosa que no es traje en que se

nueva holgado nuestro cuerpo si no moda caprichosa de un día: desfilarán en vertiginosos remolinos por las páginas de la historia, civilizaciones e imperios y todavía la religión, eterna como Dios y como Dios misericordiosa, erguida e incommovible, tendrá una palabra de perdón para los que al atacar sin piedad las bases en que descansaban las creencias cometieron la perfidia ó la inconsciencia de arrebatarse al alma de los desgraciados un consuelo y una esperanza, a la vez que socavaban el edificio social en sus mas hondos y mas firmes cimientos (Aplausos.)

La tristeza Española

Inevitablemente relaciono la supuesta incompatibilidad con el optimismo de la idea religiosa, con ese lugar comun que tantas veces habéis visto repetido, de la tristeza, de la sombría y desesperanzada tristeza de la España histórica.

Montesquieu aludía en sus *Cartas persas* a la gravedad española y la dió por asiento dos sentimientos sombríos en su exaltación: la devoción y los celos.

La tristeza se convirtió en ferocidad cuando comenzó a pararse mientes en el sincero y asombroso realismo de nuestros grandes pintores: Teofilo Gautier en su famoso viaje por España, censuró ácremente a Ribera la complacencia con que se entretenía en hacer «pintura de Matadero», cuyos siniestros detalles harían retroceder horrorizado al mismo verdugo. El supuesto carácter taciturno del español acabó por creerse relacionado con la Naturaleza que le rodea. Fouillée, al hacer el bosquejo psicológico de nuestro pueblo, llegó a suponerlo áspero como el viento de sus sierras, duro como su suelo y abrasador como su sol.

Para muchos, el tipo ibérico de los siglos XVI y XVII, no tiene otra representación viva que los rostros amarillentos y cetrinos dibujados en los cuadros del Greco. Contemplándolos, observando las severas ropillas de terciopelo, sobre las que brillan como una mancha de sangre las rojas cruces de Calatrava; las cabezas erguidas, estrechamente aprisionadas entre los cuellos de encaje, se siente la irresistible tentación de colocar bajo las negras vestiduras, almas atormentadas por sentimientos feroces o por



las exaltaciones austeras de una fé ceñuda e intolerante.

Nada, sin embargo, mas injusto ni mas inexacto. Yo creo que bastaria para destruirlo invocar el sano, el alegre, el atractivo humorismo que late en las páginas del Quijote, la mas española de nuestras obras, comprendo que seria en vano. La crítica superficial responderia por boca de Montesquieu que nuestro único libro bueno, tiene solo por objeto ridiculizar justamente a todos nuestros demas libros. Quien lea sin prejuicios nuestras mas grandes obras poéticas y literarias, no descuñará en ellas sino una bienhechora alegría y un sano amor a la vida. Nuestros pintores saben cuando conviene al asunto, hundir los pinceles en el azul del cielo, pero no ignoran el arte de mojarlos en la sangre hirviente de los hombres de su tiempo (Muy bien).

En desenfado, en mordacidad, en descripción exacta del lado regocijado de la vida, ¿hay algo que iguale a los lances de aquellos inolvidables aventureros de la novela picaresca, rufianes y bellacos que empiezan mendigando en los atrios de los templos y acaban peleando como leones en los campos de Flandes? (Muy bien).

Cuando querais escuchar un canto supremo a la juventud y al amor, refugiaos en las cálidas páginas de la Celestina. Allí, en el huerto de Pleberio, a la claridad de la luna, entre el murmurar de las fuentes sobre la fresca yerba, y el mecerse de los altos cipreses al empuje del viento, asistiréis conmovidos al inmenso estallido de pasión primero, a la grandeza trágica de la muerte después, de los inolvidables y desgraciados amantes Calixto y Melibea. (Muy bien. Aplausos).

El Idealismo en la Historia de España. Los Místicos y los Soldados.

La historia de España es en gran parte idealismo generoso y noble, transparentado sobre todo, en dos grandes manifestaciones de la vida española del siglo XVI y del XVII, que por igual atraen la atención y despiertan el entusiasmo; el misticismo y el heroísmo militar.

El misticismo fué, no se si será irrespetuoso llamarlo delirio, la exaltación de la calentura de la fé que invadió el alma española. ¡Qué inmenso contraste entre la sequedad y la dureza que suele atribuirse al carácter español y los dulces arrobos y los amorosos transportes del misticismo! ¿Qué hay en esa inmensa hoguera espiritual que se parece a la fria rigidez de la devoción externa y formalista? Todo en ella es afecto, ternura, sensibilidad delicada y exquisita.

Quien lea las Moradas de Santa Teresa ¿podrá sospechar los trazos vulgares de un fanatismo hipócrita o de una religiosidad solo aparente en la blanda dulzura, en el lenguaje lleno de ternezas y requiebros con que la Santa todavía reprocha por ejemplo, a los mártires el «comprar el goce de Dios demasiado barato»?

No menos clara aparece la influencia del idealismo en el heroísmo militar. Cánovas, en alguno de sus admirables estudios sobre el reinado de Felipe IV, ha hecho notar con razón que uno de los tipos humanos mas dignos de admiración y de estudio fué el infante español de los tercios viejos.

El puñado de hombres que en el tiempo que media desde Pavia a Rocroy, mantuvo invariablemente la superioridad militar de España en Europa, no era un conjunto de mercenarios, aunque fuera el enganche voluntario el sistema escogido para su recluta, aunque entre sus filas abundasen los aventureros, los hidalgos arruinados y los incorregibles con cuentas leves o graves por liquidar con la justicia.

No puede decirse que combatieran por la soldada, los que según la exacta descripción de Cervantes, en el Quijote, no percibían amenudo otro salario que «el que garbeaban con sus manos, con grave peligro de su vida y de su conciencia» y a quienes «un colete acuchillado solía servir a la vez de gala y de camisa» (Risas).

No puede decirse que combatieran por la soldada los que, disciplinados con frecuencia, se sujetaban a obediencia, no con castigos sino con la apelación jamás hecha en vano, a sus sentimientos caballerescos; los que, amotinados en Flandes porque no percibían sus pagas, acudían, sin embargo, al llamamiento desesperado de una mujer, de la Infanta Isabel Clara Eugenia y escribían con su sangre la conmovedora página de la batalla de las Dunas de New-port. No: no es el español del siglo XVII un soldado mercenario; es mas bien un exaltado que lleva a los campos de batalla, como antes llevó a las páginas inflamadas de los libros místicos, la espiritualidad intensa, el ensueño generoso, la pasión por la inmortalidad, la codicia de gloria, aprendidas en las viejas fablas, en los romances y en los cancioneros.

España entera parece entonces recordar las ansias nobles de ideal de D. Quijote de la Mancha. Como él, pasa luchando la vida; como él, pelea por nobles causas, a veces con olvido de las propias conveniencias; como él, trabaja por levantar a los caídos

y abatir a los soberbios. Aun hoy, inerte y abatida parece España recordar a uno de aquellos gigantes de los libros de caballerías que dormido en sueño quieto y apacible, descansa de la tarea de haber forjado con sus brazos de hierro el alma noble y esforzada, de los que conquistaron América, de los que vencieron en Alemania y en Italia, de los que oscurecieron con sus hechos las mitológicas hazañas de los cantos de Osíán y de las rapsoodias homéricas. (Aplausos).

El Idealismo en el concepto de Patria.

Cesemos ya, si os parece, de hablar del pasado: miremos con ojos anhelantes lo que nos depara el porvenir: no nos asemejemos a esos nobles arruinados que pierden en contemplar las ejecutorias escritas en los viejos pergaminos de sus archivos, un tiempo que debieran dedicar a averiguar y a corregir las causas de su presente decadencia.

Si alguna vez ha sido patente la necesidad de inspirarse para la vida en el culto del ideal es sin duda en el momento presente. Nuestros labios pronuncian ahora la palabra patria con emoción desacostumbrada. Y la idea de patria es la primera que no pertenece al mundo de las realidades, sino al de los ensueños.

Vano seria el esfuerzo de quien pretendiera asociar y unir la idea de patria a algo corporal y tangible.

No es la patria el suelo sobre el que nuestros hogares se asientan, que nos sirvió de cuna y que deberá servirnos de tumba. Suponed el suelo de la patria hundido en el mar como una nueva Atlántida; a pesar de ello, mientras sus hijos alentaran y la amasen, la patria subsistiría. ¿Constituyen acaso la patria los miembros de nuestra familia, los moradores de nuestra ciudad, el conjunto de nuestros contemporáneos? Sin duda alguna, no. Una nación o no es nada, o es una asociación que nace con la aspiración a ser eterna. El fin de una nación excede por su proporciones a la vida de los que la forman; por eso es una sociedad en la que forman partes iguales los que han muerto y los que todavía no han nacido.

Patria quiere decir filiación, sucesión, continuidad: que somos ascendientes de unos y descendientes de otros: que no podemos, por eso, encadenar el destino de la raza a las conveniencias de nuestra comodidad o de nuestro egoísmo. Patria es el pasado que nos aprisiona el alma con los recuerdos; pero también es el porvenir que nos permite saborear con las esperanzas una visión anticipada de las grandezas de la vida futura. Patria es la tradición, que es el

freno con que nos sujetan los que ya murieron; pero es también el ideal, que es el acicate con que nos agujonean los que no han empezado aun a vivir. (Aplausos)

A cuantos hoy, sobre los campos ensangrentados de Europa, combaten y mueren, cabria preguntarles: ¿por quien mueres? Ah! Por el triunfo de una nacionalidad, es decir, de una civilización; de un conjunto de principios, de tradiciones, de esperanzas, por la supervivencia, en suma, del genio de una raza; en definitiva, por algo, que siendo vago, indeterminado, sin realidad tangible, vale y representa mas a los ojos de todos que la existencia individual; por algo impalpable, sin dimensiones, sin voz, sin figura corpórea, pero que está adornado de tan avasalladora fuerza, de tan inmenso poder creador que hace no solo posibles sino legitimo, y a la vez fecundos, todos los amores y todos los sacrificios. (Aplausos)

La inmensa fuerza creadora del sentimiento patriótico, acaso en nada se demuestre mejor que en la manera noble con que transforma y purifica, elevándolo a la dignidad de ideal, intereses muchas veces subalternos.

Si examináis en su conjunto la vida internacional, acaso tengais razón para decirme que vive apartada de todo ideal y que es el egoísmo sin freno alguno moral quien guía sus pasos.

El gesto de 1914 tiene su traducción en la realidad: ha sido un repentino abandono de las vestiduras del hombre civilizado y un retorno a la áspera rusticidad del hombre semi-salvaje. Cada nación moderna era antes de 1914 un elegante *gentleman* que, colocado ante la puerta soñada que conduce al bienestar y a la felicidad, expresaba con ademanes correctos y elegantes su amable deseo de pasar el último. De repente ha resonado un grito de ¡fuego! y el instinto de conservación ha hecho caer las máscaras. Los que momentos antes competían en urbanidad, disputan ahora a puñadas como los rufianes, pugnan por pasar los primeros y se anteponen sin reparo a los niños y a las mujeres.... ¡Ay de los caídos en ese molino brutal de las concupiscencias! ¡Ay de los desdichados a quienes la lucha por la vida sorprenda inermes, desprevenidos e indefensos! (Muy bien)

Pues aun en esa lucha, el ideal, solo el ideal vereis, que es del fondo lo que prevalece y lo que triunfa. Todos son rigores y asperezas en lo colectivo; pero en lo individual todo abnegaciones y altruismo.

En la nacionalidad, la finalidad suena siempre a interés: la expansión territorial, el deseo de conquista, el amor de gloria militar, el lucro mercantil, no son

sino modalidades de la fuerza, de la dominación de unos hombres sobre otros. Pero ¡qué caballeresca, qué romántica generosidad la del que sacrifica al logro de esa finalidad sus intereses o su existencia! Se puede repugnar la delación y legitimar el espionaje; se puede abominar de la mentira y aplaudir el embuste sublime de Napoleón cuando para levantar el ánimo de sus soldados esparce entre ellos la noticia de que se aproxima Grouchy a sabiendas de que no es Grouchy sino Blucher el que llega. Es el patriótico el único egoísmo admisible; porque a todos los hombres debemos rectitud pero al pueblo en que nacimos, le debemos algo más; el concurso ilimitado, incondicional, sin reservas; que ese sentimiento para la Ética tendrá siempre en su desinterés la garantía suprema de su licitud. (Muy bien)

El Idealismo y el Optimismo en la Gobernación del Estado

Restaría todavía hablaros de la eficacia del idealismo en política, si no temiera que me acusarais de temerario al observar que me atrevo a llevar la cuestión a ese terreno vedado.

La política parece ser ciencia, hurtada a los idealistas y a los optimistas por casi unánime decisión de los que se dedican a ella. En todos los demás órdenes de la vida acaso pueda admitirse cierta cantidad de idealismo: en la política, no. Hemos descubierto que la política es arte de realidades descarnadas, de cómodas transacciones, de negociadores cáutos y hábiles. El lugar común conocido, «Gobernar es transigir» quiere, en fin de cuantas, decir que gobernar es vivir; como se pueda y el mayor tiempo posible. (Risas).

Resultado de esa manera de concebir la política es el clarísimo desvío hacia ella fácil de observar en todos los países regidos por el sistema parlamentario. El espíritu público está hoy respecto al régimen de partidos en una actitud que pudiera traducirse por una gradación de sentimientos muy variados: miedo a la incompetencia; amor a los rectos caminos y a las acciones decisivas y rápidas; hastío de la elocuencia; deseo ferviente de realizar el ideal de Carlyle: «Clausurar las tiendas de habladuría».

Mirando a Europa, recuerdo muchas veces, la profecía de Tocqueville: «Cada paso de las naciones hacia la igualdad, las aproxima al despotismo». El triunfo de un régimen de igualdad ha encontrado su coronamiento en la institución más niveladora de todas: el servicio obligatorio. Y sin embargo, nunca se ha observado en las naciones tan clara tendencia a encarnarse, a personificarse en un

hombre, en un salvador, para confiarse a él sin reservas y esperar de él, solo de sus decisiones la vida y la salud. Alemania no es Alemania: es el Kaiser. Francia no es Francia: es Briand. Inglaterra misma no es Inglaterra: era antes Kitchener: es ahora Lloyd George.

Mirando a España, aun debería pintaros el cuadro con más negros colores.

Lo triunfante en la realidad de la vida es la política de concupiscencias y de domesticismo. Fuera preocupaciones y cuidados y disgustos; la vida no tiene más que un objeto: vivir. Los partidos no son ejércitos que a tambor batiente marchan a la conquista de lejana fortaleza y aspiran a clavar en su torre más alta la bandera; son más bien rudimentarias asociaciones mercantiles, para la satisfacción de mutuos provechos, bandas de condottieros a quienes no preocupa la gloria del combate, ni el laurel de la victoria, sino el disfrute tranquilo del botín.

Si a un afiliado a cualquier partido le preguntaseis concretamente cuales son su programa y su ideal se vería perplejo para contestaros. Pero inmediatamente os impondría silencio, cuando le oyerais afirmar que él prefiere a agostarse como un lirio en el limbo de los ideales, morar en la mansión celeste, donde se forja el rayo y se reparten las mercedes.

Cervantes decía que quien amaba a una comediante, amaba a muchas mujeres en una sola: hoy reina, mañana ninfa, al día siguiente diosa, criada, pastora, princesa. Quien ingresa en un partido al uso, puede proporcionarse satisfacciones idénticas; hoy dictador, mañana demagogo; hoy radical, clerical mañana; hoy cortesano de los palacios, mañana cortesano de las muchedumbres. ¡Qué más da! El objeto de la vida es la vida misma y el instinto de conservación, no tiene más que un deseo y un grito; vivir, aunque para conquistar la comodidad de la jornada, sea necesario olvidar como una pesada carga el pasado e hipotecar como un enojoso estorbo el porvenir.

Y los partidos viven bien hallados con no recibir otro alimento espiritual que la esperanza del mando. Entre ellos no hay más diferencia doctrinal que la que media entre la posesión y el deseo: uno disfruta el poder y el otro espera disfrutarlo: tiene el uno el usufructo: el otro, la nuda propiedad: forman en el uno las piezas en uso; en el otro, las piezas de recambio. Una sola es la mano que mueve el motor y uno solo el carbon con que se alimenta, sacado de las mismas entrañas de la tierra nacional, a la que así van lentamente agotando y destruyendo (Muy bien).

De situación semejante no es

responsable el sistema de partidos. Son los partidos, por el contrario, excelentes instrumentos de gobierno, a cuya historia va unido el recuerdo de las glorias más puras del régimen democrático y del gobierno popular. No: no son los partidos excrecencia enfermiza, sino claro indicio de salud: exteriorización de vida, de acción vigorosa, de fuerza volitiva, de energía pensante, de interés por la cosa pública. ¡Desgraciado el pueblo en que no hay partidos que merezcan ese nombre: ese pueblo no tendrá ideales o teniéndolos, se sentirá impotente para realizarlos: o carecerá de pensamiento o carecerá de voluntad.

Pero el régimen de partidos necesita para ser eficaz, una condición suprema e irremplazable; el desinterés de los que formen en ellos. Para los partidos como para los individuos no puede haber más que un programa: el sintetizado en el sobrio y expresivo rótulo escrito por Pasteur a la puerta de su gabinete de trabajo: «Dichoso el que tiene un ideal y sabe sacrificárselo todo».

El gobierno del pueblo por sí mismo es una panacea capaz de proporcionar a quien la ingiera la vida y la salud con solo que se incorpore al precipitado obtenido por la mezcla de las ideas y de las pasiones, unos adarmes de una rara sustancia colorante; de aquella virtud ciudadana que era en opinión de Montesquieu el principio vigorizador de las democracias.

El éxito de los remedios de efecto más seguro suele descansar en la concurrencia de algún detalle ignorado, a veces difícil de lograr. Cuando Walter Scott estaba próximo a morir, uno de sus admiradores más apasionados hubo de proporcionarle un remedio para la curación de los dolores insoportables que sufría en sus miembros. Consistía el remedio en la aplicación al cuerpo del autor de Yvanhoe de doce grandes ladrillos cuidadosa y pacientemente recogidos por el curandero en doce arroyos diferentes. El ingenio del novelista le su giró para libertarse de la aplicación de tan original procedimiento curativo la afirmación burlona de que ese remedio solo produciría efecto en un caso: en el de que los doce ladrillos se envolvieran en ropas de viuda que no hubiera deseado volverse a casar, (Risas) y es fama que la panacea no pudo por esa razón aplicarse. (Risas).

¡Ah! Sin desinterés, es decir, sin ideal, sin patriotismo, la política de partidos no es una panacea, sino un tósigo. Cuando eso sucede, la conciencia es para los hombres públicos estorbo que los inhabilita; su amor a la ley, cinturón de acero, que no puede soportarse; y de quien alienta por el ideal acabará por decirse

que vive fuera de la realidad, porque la realidad es todo en que muchos viven sepultados y que a todos salpica, (Aplausos).

Conclusión

Deseemos para España días más felices. Pensemos que es la esclavitud del deber y de la ley, la única que puede por su sola virtud hacernos libres.

Por boca del Licenciado Vidriera dice Cervantes que los azotes del padre honran y los del verdugo afrentan. ¡Ah! No: no infama a un pueblo la severidad por grande que sea de las leyes que él se ha dado con su libérrimo poder; lo que infama, lo que envilece es llegar a gemir, bajo el látigo de un dominador, de un déspota, de un amo y ese es el castigo que la Historia reserva para los pueblos que no han sabido ser dignos de gobernarse por sí mismos. (Aplausos).

Eduquemos a España en el culto optimista de la acción y la haremos trabajadora. Sea nuestro programa aquel mismo que hace centenares de años formulaba en las páginas de la República el divino Platon: formar el cuerpo en la Gimnástica, pero el alma en la Música, es decir en las artes que ennoblecen y elevan el espíritu; en la poesía, en la elocuencia, en la filosofía, en el culto religioso.

Yo tengo fé ciega en los destinos de la patria. Recordando en su historia y pensando en su porvenir, experimento sensación semejante a la que muchas veces he sufrido contemplando sus monumentos devastados en nuestras ciudades góticas, árabes o romanas. Alguna vez he visitado una catedral medio derruida, con sus arcos rotos, con sus mármoles despedazados, con bóvedas agrietadas y amenazando desplomarse, con sus cruces esparcidas por el suelo, con el jaramago aquí y allá brotando entre las piedras. He sentido dolor y tristeza al contemplar tanta desolación, pero he descendido a la cripta y al darme cuenta de que sus vigorosas y macizas columnas han resistido firmes y sólidas a la acción del tiempo, mi alegría ha renacido. Los cimientos están en pie; el templo puede todavía volver a levantarse.

¡Ay! la cripta española está también en pie; la masa nacional conserva a través de los siglos su sanidad admirable y vigorosa. Enjuaguemos nuestras lágrimas, el templo nacional volverá a edificarse; de nuevo resonarán en él los cánticos; de nuevo el sol, filtrándose entre los vidrios de colores, volverá a inundar de luz las naves anchurosas, y las agujas de las torres esbeltas, otra vez dirigidas, atrevidas, audaces, señalarán la vecindad del cielo, como una esperanza consoladora e inefable. (Grandes y prolongados aplausos).

SECCION DE ANUNCIOS

Pida V. hoy mismo el suplemento 4 que contiene las últimas novedades del tenor Genovés con Maruxa, Vuelve a Surriento y C M chiare.

GRANDES NOVEDADES

CARMELO SUBIELA

SOCIEDAD GENERAL DE INDUSTRIA Y COMERCIO

Abonos químicos y primeras materias para toda clase de cultivos.
Representantes en Orihuela

Penalva Hermanos

MAQUINARIA AGRICOLA

FELIX SCHLAYER, SUCESOR DE ALBERTO ALHESE

REPRESENTANTE EN ORIHUELA JOSE DE LOSADA

Arados de vertederas—Segadoras agavilladoras—Gradas—Cultivadores
Aventadores—Trillos—Pulverizadores—etc.

NOTA:—Esta casa es sobradamente conocida de los agricultores por los muchos aparatos vendidos en esta región.

SASIR BIA CARTAGENERA DE

ROGELIO MOYA Calderon de la Barca
ORIHUELA

Café DE Levante

DE

MANUEL ESQUIVA

SE SIRVEN TODAS CLASES DE HELADOS TELÉFONO 80

EL SITIO MAS CENTRICO DE
LA POBLACION.—ALFONSO XIII

EL ORO I O L
LOS MEJORES GUANOS SALVADOR ROS
Paza de S. Agustin.—Orihuela

EL GLOBO - GRAN ESTABLECIEN-
TO DE TEJIDOS DE
M. MARTINEZ SIMÓ
ALFONSO XIII. ORIHUELA

LA INDUSTRIAL ORIOLEANA
Central Eléctrica—Molino harineros y de pimentón—Serre mecánica
Plaza de la TRINIDAD

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
Compañía de Seguros reunidos
Capital social 12000000 de ptas. efectivas completamente 51 años de existencia.
SEGUROS CONTRA INCENDIOS SEGURO SOBRE LA VIDA
Agente en Orihuela
M. Martinez Símó Afonso XIII núm. 1

**JOAQUIN SANCHEZ
BALLESTA**



Representante de la casa C. Gutierrez de Valencia.

Maquinas de escribir nuevas y reconstruidas de diferentes marcas, asesorios para las mismas. Articulos de escritorio.

LOS HERMANOS POVEDA
número 26—ORIHUELA——PRECIOS MODICOS.

GRAN DEPOSITO DE MATERIAL ELECTRICO

PILAS SECAS PARA TIMBRES Y TELEFONOS
VENTA DE LAS LAMPARAS "PHILIPS," Y "METAL T
ORIHUELA
CALLE MAYOR NUMERO 9.